



Mar de espuma

En las grandes ocasiones la vida humana
se concentra bestialmente en la boca.

G. Bataille, *Documentos*

1

Ella descansa sobre la cama del hospital y yo la escucho desde la puerta sin atreverme a entrar. Su sonido es el sonido del pecho diciéndose a sí mismo: respira. O es el sonido del aguacero más viviente. O es el murmullo incomprensible de la frase *es hora de acabar*. O es la canción angustiada, una nana que calme al niño recién nacido. O es una súplica que balbucea culpa y vergüenza. O es lo que queda, la reserva de un dolor que le partió la cabeza y se le hizo espuma en el esternón. O es el tibio vaho, el pudor del rezo con el que le pide a la vida otra oportunidad. O es el ronquido de un temblor tierno que se le sale del alma, se expande desde el ano hasta el corazón. O es la queja o el deseo: que alguien le muerda los labios, que alguien le exprima los pechos. O es solo el sonido de lo más hermoso y lo más triste: el sonido de un cuerpo a punto de morir.

Doy un paso, entro y la veo.

Es una niña dormida sobre la nieve. Se le resbala una baba púrpura que dibuja hasta su cuello un caracol. Y es también una mujer con las tetas inmensas repletas de leche. Me asombra su cuerpo de belleza clara. El pelo negro, grueso, firme, y el copete alto, sobresaliente, enredado. Y es todavía la novia con el vestido blanco: la recién casada respira ahora por medio de un tubo que le adorna los labios rojos. Y es un cuerpo al que todavía no le corresponde la muerte porque

acaba de parir: y cómo conciliar el parto con el fin. Un cuerpo al que la muerte le llega en el preciso momento para imponer un silencio repentino en la vida que acaba de nacer.

Y es un ser pálido que deja sobre la tierra una parte de ella que se le ha salido.

2

Él nos mira y se le salen las lágrimas y la potencia de su cuerpo es inmensa, pero no puede salvarla. Le agarra la mano y cree que su semen la curará. Nos pide que salgamos del cuarto y yo imagino que la atraviesa con su verga enorme. Ella gime, pero no abandona su asfixia, sino que exhala y muere. Pasan unos minutos y la enfermera cruza el pasillo y nosotros, sentados sobre los asientos duros de un corredor blanco, aceptamos su gesto quieto y definitivo. Sobre mis manos se asienta el peso de un animalito: cuando trajeron al niño quise que mame, pero mis tetas eran tiernas y no alcanzaban para el conejo hambriento que me heredaba la moribunda. Mis tetas no resistían sus ojos grises aún perdidos, aun reconociendo el aire y padeciendo la distancia con el mundo y las cosas. Mis brazos eran de un olor ajeno y mudo para el junior. El recién nacido, el huérfano que nos correspondía atender, se me resbalaba porque las manos frágiles y adolescentes no saben nada del peso, ni de amar a los muertos, ni de la catástrofe que dejan cuando se van pronto, demasiado rápido. Carne a la que no le corresponde la muerte: nada más triste, nada más cruel. Un casco para el pequeño huérfano tenía yo que encontrar, esa imagen me asaltó. Un casco que proteja su débil cabecita y pueda absorber todo impacto. No habrá mamá: él se ríe, yo lloro.

El niño llegó a nuestra casa a los cinco días de nacido. Mi mamá instaló su moisés entre el armario de la abuela y su cama. El llanto de ese niño resonó, tierno, mientras intentaba ponerme, frente al espejo del armario, un vestido negro para ir al velorio de su mamá. Esa mañana el hombre llegó del hospital a nuestra casa y gritó. Con los puños golpeó las paredes y luego subió a contemplar al niño y le pidió perdón. Mi hermano nos llevó a los dos al velorio en el pichirilo azul. Él se sentó frente al ataúd, a contemplar a su novia muerta y a susurrar palabras que nadie entendía. Cuando llegó su hermana, que estaba de viaje, lo abrazó y los dos lloraron a gritos, mi hermano me abrazó a mí y me contuvo: aquí estamos, juntos. En realidad, no me acuerdo las palabras exactas que acompañaron ese abrazo, pudieron ser otras, pudieron ser *cada día es un árbol que cae*. O quizá el abrazo llegó sin palabras, pero fue un gesto supremo que era pura afirmación. En ese instante, el dolor que sentía, me hacía, al mismo tiempo, feliz. No solo éramos capaces de vivir solo porque estábamos juntos, sino que la certeza del cuerpo del otro, contundente frente al de la muerta, nos hacía sentir la potencia de una vida nueva que era nuestra. Ahora que reconstruyo ese momento, se impone una imagen de la infancia, en la que él y yo salíamos como nadadores triunfantes de unas olas inmensas. *Yo, si pudiera inventarnos, nos habría dado más tiempo*. Pero nos quedaba poco. Nada. La muerte llegó a nuestra familia como una maldición sucesiva de la que también me sentía culpable: se me había roto el espejo de la cómoda y mi abuela dijo, muy a su estilo, mamita linda, siete años de mala suerte. Y mis hermanos se murieron uno tras otro.

En el parte de su muerte, que leí frente al niño, intentando darle alguna explicación que lo librara de la culpa, decía: *trombosis venosa cerebral*. Un coágulo que estalló en su cerebro. Al parir, el esfuerzo empujó un puñado de sangre, lo hizo rebotar y lo alojó en un rincón de su cabeza. Yo la soñé como costra rosada brotando a través del cuero cabelludo y esa imagen que era hongo seco y eran labios inflamados y era su espíritu hecho pelotita colorada, siempre vuelve con la morbosidad de lo pavoroso y lo salvaje. Ella rechazó al niño porque le dolía la cabeza, porque no soportaba el peso de una bola dentro de la vena, pero el médico diagnosticó, sin lugar a dudas, depresión posparto. Es normal, dijo, que las madres no quieran a sus recién nacidos. Es normal que no soporten el vacío de haberlos perdido y el dolor de tener que lidiar ahora con ellos. Se enloquecen. Es normal porque las hormonas tampoco entienden y lo ajeno es un cuerpo que depende de ellas para sobrevivir. Y eso puede resultar insoportable para los espíritus frágiles. Pero la K no era frágil, era un ser que se cerraba con las manos más tiernas y más firmes: sus manos dedicadas a contar. Del uno al mil, sus dedos, desde siempre contando, eran de una delicadeza de *vieja reina*.

Entonces, el médico ordenó que la llevemos al hospital psiquiátrico. Dijo que necesitaba *electroshocks* y el *electroshock* se le aplicó al pelo negro, a los ojos negros, al copete alto, a los dedos moribundos: vibró la electricidad en el cuerpo cálido y lechoso y la bolita colorada estalló y las venas con ella y todo fue un charco de sangre en el que ella intentó nadar. Entró en un estado vegetal y dejó de pensar o de relacionarse o de entender y se entregó a la tarea de resistir. Se agarró a la respiración y esa fue su madriguera. Transformó su inhalación en un esfuerzo que reveló, cuando la escuché, todo lo que implica el aire que entra y sale y entra y sale. El artefacto que habilita la

vida, la primera técnica, la última obcecación. El obrar inmenso al que ella se aferró. Escucharla respirar desde el umbral de esa puerta de hospital fue asomarme a lo infinito o a lo incompleto o a lo discontinuo del sonido y del cuerpo. La imaginé ahogándose en el mar de nuestra infancia y renaciendo en el aire: sus piernas largas entrando firmes en un remolino hecho de espuma roja, naufragando mientras la tos leve y la sal le impedían inhalar, tragándose el mar por las orejas y la nariz, muriéndose mientras la cara de su recién nacido era la entrada a un paraíso hecho de agua.